

se llaman «shell-shocked» y cuya razón insegura y vacilante flamea apenas como lámpara batida por el viento.

Habláis con uno de esos ex-soldados que parecen absolutamente normales y, de pronto, sin motivo aparente, los veis palidecer, fruncir el ceño y girar los ojos desorbitados... Es que un recuerdo de la sombría guerra cruza por sus espíritus, aun llenos de tormentos...

De esos hombres pocos sanan; la mayor parte, perdida totalmente la razón, se desploman al fin en los antros del crimen o de la locura.

El caso del coronel Whittlesey es más grave, más alto, más representativo de los trances de la más noble humanidad. Tiene en su torva magnitud lineamientos de Tragedia antigua y el angustiado protagonista, perfiles de Edipo y de Rey Lear.

Oid lo que dice el gran diario *The World*:

«Como el «Soldado Anónimo» representa en la mente de los americanos a todos los legionarios que murieron en la guerra, así el Coronel Whittlesey puede llamarse el representante de la inmensa multitud de hombres para quienes la vida se oscureció para siempre, por la contemplación, lejana o próxima, de cuatro años de asesinatos. Como jefe del «Batallón Perdido», estuvo en íntimo contacto con el mecanismo de la guerra moderna, fué su deber ayudar a consumir el sacrificio echando sin cesar carne y sangre dentro de un infierno científicamente construido... y tales recuerdos le hicieron la vida indigna de ser vivida! La misma causa ha producido otros suicidios y seguirá produciendo más. Sería hipócrita que nosotros, viendo caer a esos desventurados los tacháramos de desequilibrados y pretendiéramos no comprender. *Todos comprendemos y demasiado bien!*»

El Coronel Whittlesey, horas antes de arrojarse al mar escribió varias cartas que entregó al Capitán del buque. Alguna de ellas, aunque no se ha publicado, dice así:

«A esa guerra debemos la más triste de nuestras experiencias. Sabíamos que la humanidad era muy tonta, muy mediocre, muy egoísta y capaz de muchas crueldades. Pero por muy desnudos de ilusiones que estuviésemos, no sospechábamos su monstruosa indiferencia ante los gritos de millones de víctimas. No sospechábamos el sonreír de esos jóvenes fanáticos y de esos viejos rabiosos que, desde las gradas, asistían sin cansarse al degollamiento de esos pueblos para el placer, el orgullo, las estúpidas ideas y los brutales intereses de los espectadores»...

«¿Enfermo yo?... ¡Enfermos son los otros! Enfermos son los que se regocijan leyendo las noticias de las victo-

rias y de los kilómetros conquistados sobre montañas de cadáveres; aquellos que entre sus personas y la humanidad han colocado un biombo de banderas pintarrajeadas... Enfermo es el que aun puede pensar, hablar, discutir, dormir, sabiendo que otros hombres, con sus entrañas en las manos, se arrastran sobre el lodo, como gusanos cortados en pedazos, para expirar a medio camino de la ambulancia, mientras que allá, a lo lejos, una mujer de cuerpo ardiente, sueña en un lecho vacío... Enfermos, insanos, son todos aquellos que pueden hacerse sordos y no oír gemir, rechinar, aullar, crujir, lamentarse, maldecir, agonizar, en medio de sus vidas egoístas... Enfermos son los sordos y los ciegos, no yo. Enfermos son los mudos cuyas almas ni cantan la piedad, ni gritan la cólera rebelde»...

Con toda verosimilitud, las líneas anteriores podrían atribuirse al espíritu generoso, magnánimo y angustiado del coronel Whittlesey...

Pero en realidad esas líneas no son sino dos párrafos de sendas obras de Romain Rolland y de Andreas Latzko, dos videntes que con Anatole France, Barbusse y Nikolai han dicho sobre la guerra moderna verdades definitivas.

EL otro varón de este noble triunvirato de espíritus civilizados que hoy presento a los lectores, es el Patriarca Abdul Bajá, profeta del Bajalismo o «Religión de la humanidad», quien acaba de morir longevo después de

padecer durante sesenta años, largas prisiones y destierros que sus prédicas le valieron.

Esa religión promulga la abolición de las guerras y la unidad religiosa.

Sus adeptos se cuentan por centenares de miles y sólo en Nueva York cuenta millares. Su profeta era también un noble feminista, pues dijo: «La humanidad tiene dos alas, el hombre y la mujer y no podrá elevarse mientras una de las alas sea débil».

Predicando la unidad religiosa y el desprecio de los bienes materiales, iluminaba mejor la solución del problema de la paz universal que todos los miembros de las Conferencias de Washington con sus discursos, a veces grotescos, y sus diplomacias retiscentes y que a la postre serán tan ineficaces como fueron ridículas...

El buen patriarca sabía bien que las mayores causas de las guerras y sus cortejos de asesinatos, ruinas y pestilencias fueron en el mundo antiguo y en el moderno la intolerancia religiosa y el capitalismo imperialista...

ESOS tres hombres, el sabio Doctor Loreuz, el noble Coronel Whittlesey y el patriarca Abdul Bajá, han probado su santo amor a los hombres.

Y por eso, ellos solos, en el drama terrible y definitivo del Juicio Final, podrían hacer frente y condenar con su ejemplo purísimo a todas las hoscas legiones de verdugos de la humanidad.

Nueva York, diciembre 1921.

(*Excelsior*, México, D. F.)

La labor del filósofo mexicano D. Antonio Caso en su jira por la América del Sur

POR ESPERANZA VELÁZQUEZ BRINGAS

POCAS veces o casi nunca una Embajada ha tenido el buen éxito que obtuvo la que presidió el Lic. Caso con motivo del Centenario del Perú. Y esto se explica fácilmente. El Licenciado don Antonio Caso no era simplemente el Diplomático que llevara mensajes más o menos cordiales de Gobierno a Gobierno; Caso llevaba la palabra para los intelectuales de los países de la América del Sur, iba a reafirmar los lazos que ligan aquellas viejas Universidades con la nuestra y a decir a la juventud de aquellas tierras el infinito anhelo que la juventud de aquí tiene por unificarse con la de todas las Repúblicas hermanas, realizando el verdadero acercamiento entre los pueblos por la inteligencia y por el arte.

Y su palabra elocuente fué oída con

respeto y con entusiasmo en los claustros de la famosa Universidad de San Marcos, en el Colegio Guadalupano, en el Ateneo de Santiago, en el Instituto de Conferencias de «La Prensa», y en la Universidad de Río de Janeiro donde obtuvo el honor más grande que podía habersele dispensado. Allí se le nombró Primer Doctor «Ad-Honoris-Causa».

El homenaje rendido a nuestro embajador fué unánime. Le tributaron palmas y elogios todos los representantes extranjeros, los altos personajes del Gobierno, los más prominentes Doctores en Ciencias y los estudiantes, que muchas veces le siguieron por las calles lanzando vítores a él y a México.

En la conciencia americana, Caso dejó la convicción del idealismo que anima toda su obra y que produjo en